

Jotamario Arbeláez

El cuerpo de ella

Le corps d'elle

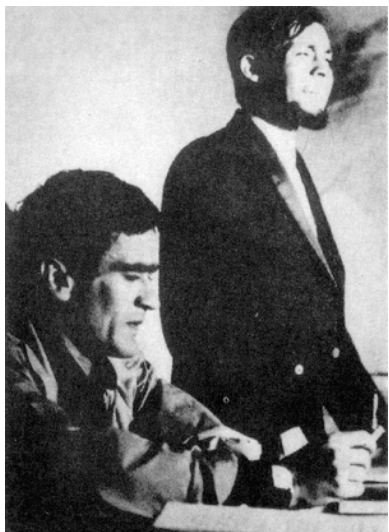
(poème organique)

Traduit de l'espagnol (Colombie) par Marie Daguerre
Illustrations : Máximo Flórez

ICONO •

PRESENTACIÓN

Con «El cuerpo de ella», un poema de los veinte años, gana Jotamario Arbeláez (Cali, 1940) un nuevo premio de poesía ya al borde de los sesenta. Sólo una vez lo leyó, en la Bogotá del 62, en la Sociedad Económica de Amigos del País, con presentación a cargo de Gonzalo Arango. Eran tiempos en que todavía la parroquia se escandalizaba con las palabras:



Les presento a Jotamario, no un poeta cualquiera, sino el más joven gigoló de la poesía colombiana: 20 años, hijo legítimo de don Jesús Arbeláez, sastre de Cali con un pequeño taller que funciona en la sala de recibo de su residencia en un barrio obrero, donde se dedica a la pequeña industria para sostener a su innumerable familia, de la cual Jotamario es el hijo mayor, y la mayor deshonra por su rara manera de existir, y por dedicarse a actividades tan sospechosas e improductivas como ésta de la poesía...

*Colombia ha perdido un sastre
pero ha ganado un poeta.*

Otros harán las bandas presidenciales, túnicas para los poetas laureados, fracs para los cretinos y los diplomáticos, capuchas para los verdugos, sotanas para los clérigos, uniformes para los generales, sudarios para los muertos, suspensorios para los impotentes, sostenes para las ubres de todos los padres de la patria que amamantan este país con leche de burro.

Jotamario no quiere saber nada de estas porquerías, y su frustrada vocación, a la inversa de vestir a la gente, la dedicará a desnudar a la poesía y a sus amigas hasta sus secretos más recónditos.

Porque la poesía, esa vieja caduca y menopáusica, se hastió ya de sus trovadores, y encontró en las calles convulsivas del siglo XX a este joven de pelo en pecho, que padecía de un ardor insaciable, y sin ningún prejuicio moral ni estético se le entregó y fue capaz de violarla, ultrajarla y casi matarla de placer y dolor, como si se tratara de una virgen de 15 años. Desde entonces, sus orgasmos se han repetido con la desenfrenada lujuria de una noche de bodas y ha devuelto a la poesía colombiana, con su pureza, su locura y su joven furor, todo el

*estremecimiento y la belleza que ella había perdido en el lecho de gotosos amantes apergamina-
dos, condecorados y coronados con el laurel de la infamia y la imbecilidad. Jotamario,
el gigoló, el anunciado amante que viene a rescatarla de sus mercenarios adoradores, no ha
tenido miedo y se ha lanzado en esta aventura de la poesía, no para escribir con sangre las
experiencias de sus bodas gozosas –lo cual puede hacer cualquier romántico que se corte las
venas–, sino llegado el caso para adorarla fálicamente, restituirle su fecundidad y elevarla a
cielos demenciales con su sexo santificador.*

Los borradores de «El cuerpo de ella» durmieron el sueño de los justos durante casi cuarenta años en sus carpetas, a la espera de una revisión final que nunca se hizo. Se les sacudió un polvo de lustros para concursar triunfalmente en el premio Un Poema en el Umbral, convocado por el Instituto Distrital de Cultura y Turismo de Bogotá. Así entra la poesía nadaísta de los años sesenta, con paso firme, al tercer milenio.

PRÉSENTATION

Grâce à « El cuerpo de ella », un poème de jeunesse, Jotamario Arbeláez, (né à Cali, en 1940) remporte un nouveau prix de poésie aux abords de la soixantaine. Il n'a lu ce texte qu'une seule fois, dans la Bogota de 1962, à la société économique des amis du pays. C'était encore l'époque où la paroisse se scandalisait avec des mots ; la présentation de ce poème en incombait alors à Gonzalo Arango :

« Je vous présente Jotamario, non un quelconque poète mais bien le plus jeune gigolo de l'histoire de la poésie colombienne : 20 ans, fils légitime de don Jesus Arbeláez, tailleur de Cali au petit atelier installé dans la salle de réception de sa résidence située dans un quartier ouvrier, où il se dédie à cette petite industrie pour soutenir son innombrable famille – dont Jotamario est le plus grand fils et le plus grand déshonneur, avec son étrange manière de vivre et de se vouer à des activités aussi suspectes et improductives que la poésie...

*La Colombie a perdu un tailleur
mais elle a gagné un poète.*

D'autres auraient le grand cordon, des tuniques pour poètes lauréats, des fracs pour les crétiens et les diplomates, des capuches pour les bourreaux, des soutanes pour le clergé, des uniformes pour les généraux, des suaires pour les morts, des suspensoirs pour les impotents, des soutiens-gorge pour les mamelles de tous les pères de la patrie qui allaitent ce pays avec du lait d'ânesse.

Jotamario ne veut rien savoir de ces cochonneries, et sa vocation frustrée, bien loin de vêtir les gens, il la consacrera à dénuder la poésie et ses amies jusqu'à leurs secrets les plus dissimulés.

Car la poésie, cette vieille, caduque et ménopausée, est maintenant fatiguée de ses troubadours et a rencontré dans les rues convulsives du XX^{ème} siècle ce jeune poilu du torse qui souffrait d'une ardeur insatiable. Et sans aucun préjugé moral ni esthétique, elle se livra à lui et il put la violer, l'outrager et quasi la tuer de plaisir et de douleur comme s'il s'agissait d'une vierge de 15 ans. Depuis lors, ses orgasmes se sont répétés avec la luxure effrénée d'une nuit de noces et il a rendu à la poésie colombienne, avec sa pureté, sa folie et sa jeune fureur, tout le frémissement et la beauté qu'elle avait perdus dans le lait d'amants goutteux et parcheminés, décorés et ceints des lauriers de l'infamie et de l'imbécillité .

Jotamario le gigolo, l'amant annoncé, venu la sauver de ses mercenaires adoreurs, n'a pas eu peur et s'est lancé dans cette aventure poétique, non pas pour écrire avec du sang les expériences de ses noces joyeuses – ce que peut faire n'importe quel romantique qui se tranche les veines – mais pour l'adorer phalliquement, lui rendre sa fécondité et l'emmener au 7^e ciel avec son sexe sanctificateur. »

Pendant presque 40 ans, les brouillons de « El cuerpo de ella » dormirent du sommeil du juste. Le triomphe de « El cuerpo de ella » au concours « Un poème sur le seuil » secoue beaucoup de poussière. Ainsi, la poésie nadaïste des années 60 entre de pied ferme dans le III^{ème} millénaire.

PRÓLOGO

Memoria de un jurado

«El cuerpo de ella» se distinguía entre todos los libros presentados al concurso de poesía del Instituto Distrital de Cultura y Turismo –varias arrobas de poemas en dos cajas enormes de cartón– por la limpieza de la presentación, los tipos generosos, la disposición de los textos en la página y por las pastas de plástico rojo subido. Pero sobre todo por el tino del verso. «Uñas» me recordó algunos momentos felices de la poesía en español. Economía, claridad, unidad. Y agudeza.

Desde el principio establecí una relación singular con el libro. Estaba dedicado a Dina Merlini, una de las profetisas mayores del nadaísmo, de quien estuve enamorado hace años y que me puso a dieta de calabazas. Y me intrigaba el nombre del autor.

Esta curiosidad extraliteraria, el rastreo detrás de la identidad de su amante que además era un gran poeta (o el masoquismo de reeditar sus tardes de pasión como por el ojo de una cerradura) me proporcionó al tiempo el placer de la poesía y el tormento del celoso. Lo leí muchas veces. A ver si aparecía detrás del follaje de las palabras. Y mientras más se escondía el autor, más me gustaba el poema. Y mientras más me gustaba el poema, peor me lastimaba. ¿Quién diablos se acostaba con Dina mientras yo suspiraba por ella, me preguntaba como un Otelo, y le escribía esos versos apasionados? No podía ser un nadaísta. El epílogo del libro insinuaba que el autor la creía muerta. Y todos los nadaístas sabemos que Dina es eterna.

Tuve la tentación de vengar la ofensa de amor que me infligía «El cuerpo de ella» decidiéndome por otro concursante, en uso de mis atribuciones de jurado dolido. Pero existen prioridades. Hubiera sido como traicionar a la belleza en aras del amor propio. Y «El cuerpo de ella» merecía el premio aunque resultara fatal para mi orgullo.

Cuando llegué la tarde del fallo a la cita con los otros jurados en la hermosa casa del Instituto de Cultura, noté las pastas rojas bajo sus codos. Como al parecer ya estábamos de acuerdo, para conocernos, que es la función de la poesía, antes de declarar nuestra preferencia, hablamos de todo. De generalidades. De nuestras propias vidas. De la desesperación de casi todos los participantes

en el concurso que expresaba el gran desorden de la nación. De la violencia y de la corrupción. Pedro Sorela, el jurado español, fue el primero que dijo: creo que hay un libro que los supera a todos de lejos. Donde se nota un escritor con oficio, «El cuerpo de ella». Roberto Burgos estuvo de acuerdo. Yo también. La decisión no necesitó debate. Se justificaba por un montón de razones poéticas: la fuerza, el lenguaje, la fina ironía, la frescura de las imágenes, el tono.

Mientras rebuscábamos en el maletín negro el sobre que revelaría el nombre odiado por mí, yo estaba ansioso: por fin iba a saber quién conocía así cada codo y recodo de mi Dina, por dentro y por fuera y por detrás, decúbito dorsal, de espaldas, ambos senos, las dos orejas, las diez uñas, los treintaidós dientes, la vulva, la estalactita. Cuando lo abrimos fue como si me echaran un balde de agua helada. Era el muy puto de Jotamario, mi amigo, el que se acostaba con mi Dina mientras yo me moría por ella. Con mis decepciones escribió su cantar de cantares el traidor.

Nada disminuye la verdad: ni los celos ni el dolor de la amistad lastimada. «El cuerpo de ella» fue el mejor de los libros presentados. Y nada menoscaba tampoco lo que sé en mi intimidad, hasta con cierto orgullo, en este país de resentimientos incurables y componendas y filigranas burocráticas. Es decir, que mi decisión de votar por un rival constituye una prueba de mi honradez y de mi probidad de caballero que acepta con grandeza las derrotas. Un gesto de generosidad con Dina, aunque se negó a recibir el tributo de mi admiración a pesar de mis súplicas. Y de adhehala un acto de fidelidad estética. Primero están los derechos de la belleza. Y «El cuerpo de ella» merecía premiarse aun a costa de mi vanidad. Otra cosa es que hay heridas que no se infligen a un amigo como yo. Aunque uno sea un gran poeta como Jotamario. Pero el asunto pertenece ya a la esfera de la etiqueta del compañerismo y de la ética, que muchas veces riñen con las razones puras del arte.

Eduardo Escobar

PROLOGUE

Mémoires d'un juré

« El cuerpo de ella » se démarquait d'entre tous les livres présentés au concours de poésie de l'Institut Départemental de la Culture – plusieurs tonnes de poèmes dans deux énormes caisses en carton – par la clarté de sa présentation, son caractère généreux, la mise en page, et par les couvertures plastiques d'un rouge intense. Mais surtout par l'agilité du vers. « Ongles » me rappela quelques merveilleux moments de la poésie espagnole. Economie, clarté, unité. Et acuité.

J'établis dès le début une relation singulière avec ce livre. Il était dédié à Dina Merlini, une des principales prophétesse du nadaïsme, dont je fus amoureux des années auparavant et qui ne m'octroya jamais ses faveurs. Et le nom de l'auteur m'intriguait.

Cette curiosité extra-littéraire, la piste jamais élucidée quant à l'identité de l'amant qui de plus était un grand poète (ou le masochisme de revivre leurs après-midi de passion comme à travers le trou d'une serrure) me procuraient à égale mesure le plaisir de la poésie et le tourment de la jalousie. Je lus ce texte de nombreuses fois. Au cas où l'identité de l'amant surgirait derrière le feuillage des mots. Et plus l'auteur se cachait plus j'aimais le poème. Et plus j'aimais le poème et plus j'étais blessé. Qui diable couchait avec Dina tandis que je soupirais pour elle, me demandais-je tel Othello, et lui écrivait ces vers passionnés ? Ce ne pouvait être un nadaïste. L'épilogue du livre insinuait que l'auteur la croyait morte. Et nous, les nadaïstes, savons que Dina est éternelle.

J'eus la tentation de venger l'offense d'amour que m'infligeait « El cuerpo de ella » en me décidant pour un autre concurrent, usant de mes prérogatives de juré infortuné. Mais les priorités existent. C'eut été comme sacrifier la beauté sur l'autel de l'amour-propre. Et « El cuerpo de ella » méritait le prix, bien que ce fut désastreux pour mon orgueil.

Quand l'après-midi du verdict arriva, au rendez-vous avec les autres jurés dans la belle maison du département de la culture, je remarquais les couvertures rouges sous leurs coudes. Comme il semblait que nous fûmes déjà d'accord, avant de déclarer nos

préférences, et afin de mieux nous connaître, ce qui est le rôle de la poésie, nous parlâmes de tout, de généralités, de nos vies, du désespoir quasiment partagé par tous les participants au concours qui exprimaient le grand désarroi de la nation, sa violence et sa corruption. Pedro Sorela, le juré espagnol, fut le premier à dire : je crois qu'il y a un livre qui dépasse tous les autres de loin, où on note un écrivain de métier « El cuerpo de ella ». Roberto Burgos était d'accord. Je l'étais aussi. La décision ne fit pas débat. Elle se justifiait par toutes sortes de raisons poétiques : la force, le langage, sa fine ironie, la fraîcheur des images, le ton.

Tandis que nous cherchions précautionneusement dans la mallette noire l'enveloppe qui révélerait le nom tant haï, j'étais anxieux : j'allais enfin savoir qui connaissait chaque coin et recoin de ma Dina, intérieur et extérieur et arrière, la colonne vertébrale, le dos, les seins, les deux oreilles, les dix ongles, les trente-deux dents, la vulve, la stalactite. Quand on l'ouvrit, ce fut comme si on me balançait un baquet d'eau glacée. C'était cette pute de Jotamario, mon ami, celui qui couchait avec Dina tandis que je me mourais pour elle. Il écrivit son cantique des cantiques avec mes déceptions, le traître.

Rien n'atténua la vérité : ni la jalousie, ni la douleur de l'amitié blessée. « El cuerpo de ella » était le meilleur des livres présentés. Et rien n'amoindrissait ce que je ressentais en mon for intérieur, avec même un certain orgueil, dans ce pays d'inimitiés incurables, d'accommodements et de filigranes bureaucratiques. C'est à dire que ma décision de voter pour un rival constitue une preuve de mon honnêteté et de ma probité chevaleresque qui accepte avec grandeur les déroutes. Un geste généreux à l'égard de Dina, bien qu'elle se refusa, en dépit de mes suppliques, à recevoir le tribut de mon admiration. Et de récompenser un acte de fidélité esthétique : les droits de la beauté d'abord. « El cuerpo de ella » méritait une récompense, fusse-t'elle au prix de ma vanité. Une autre chose est qu'il y a des blessures qui ne s'infligent pas à un ami tel que moi. Même si l'on est un grand poète comme Jotamario. Mais ce fait appartient désormais au domaine des règles du compagnonnage et de l'éthique, et ce domaine ne fait pas souvent bon ménage avec les pures raisons de l'art.

Eduardo Escobar

A Dina,
femme divine
et délurée

*A Dina Merlini,
mujer bella
y bellaca*